

Textos para practicar las funciones del lenguaje

Asesinas

Quiero agradecer al ciudadano argentino Jorge Bergoglio, más conocido por su nombre de fantasía, papa Francisco, por emitir insistentemente declaraciones retorcidas y espeluznantes que me hacen la vida más fácil, dándome tema para escribir. No agradezco, en cambio, la ira que esas declaraciones me producen (comparar el aborto con las prácticas del nazismo, decir que las familias que no están formadas por hombre y mujer no son familia, etcétera), pero, como decía mi abuela, todo no se puede. El 10 de octubre, durante su audiencia semanal en la plaza de San Pedro, le habló a una multitud sobre el quinto mandamiento: no matarás. Blanco y sentado, refiriéndose al aborto dijo: “Yo les pregunto: ¿es justo quitar la vida a alguien para resolver un problema? ¿Qué piensan ustedes, es justo?”. La multitud, quizás por no entender que el Papa esperaba una respuesta, quizás porque el tono de arenga no es habitual en los líderes de la religión que él profesa, permaneció muda. Entonces el Papa preguntó, ahora en tono imperativo: “¿Es justo o no?”. La multitud reaccionó rápidamente y bramó a coro: “¡¡¡Nooo!!!”. Él, contento, insistió: “¿Es justo pagar a un sicario para resolver un problema?”. Y la multitud volvió a bramar, otra vez a coro: “¡¡Nooo!!!”. Sicario es persona que mata a alguien por encargo de otro, lo cual hace a ese otro tan asesino como el ejecutor. Subido al *broadcasting* global, sabiendo perfectamente lo que hacía, el Papa llamó a las mujeres que abortaron, abortan y abortarán —y a sus parejas, cuando las hubiere— asesinas, y buscó, para hacerlo, la complicidad de su rebaño. Las que abortaron, abortan y abortarán tuvieron que escuchar la afrenta en silencio y por televisión. Fue un gran momento. Un momento en el que uno se pregunta: ¿no es así como se arenga a una jauría, no es así como se alienta a los que están dispuestos a linchar?

Leila Guerriero, *El País* (24 de octubre de 2018)

Camila o revienta

La mala. La fea. La vieja. La otra. Camila Parker-Bowles lleva toda la vida soportando, y perdiendo, las comparaciones más odiosas. Las que enfrentan a una mujer con otras mujeres de su familia, aunque sea la política. Primero, con Diana Spencer, la agraviada esposa de su amante, el entonces heredero Carlos de Inglaterra, icono global del imbatible cóctel de juventud, desgracia y belleza. Después, con su nuerastra, Catalina Middleton, impoluta imagen de la esposa y madre moderna. Desde entonces Camila ha tragado quina a hectolitros y ha ensanchado lo suyo. Pero la mujer a quien la periodista Lola Galán, entonces corresponsal de EL PAÍS en el Reino Unido, nos presentó a los españoles en 1995 como “una dama rubia que aparenta todos y cada uno de sus 47 años” ha sabido mantener impecablemente el tipo.

Sigue aparentando todos y cada uno de los 75 años que tiene hoy, flamante reina consorte por obra y gracia de su difunta majestad su suegra Isabel II, que quiso darle por fin su sitio dejando escrito “si me queréis, respetadla”. Pero, con sus patas de gallo de pelea, su código de barras pos-Brexit y sus mejillas laxas libres del ácido que, seguro, supura su inteligencia, apuesto a que es Camila quien lleva la corona en esa casa. Solo había que verla poner los ojos en blanco al fondo del histórico plano viendo venir la rabieta de Su Majestad su esposo en el célebre episodio del quítame allá el tintero. Sí, ese gesto inconfundible de las parejas de décadas de “perdonadle, que así es Charles: tiene un pronto malísimo, pero luego no es nadie”. Así la imagino estos días. Resuelta y al grano a cara lavada, vestida de andar por Windsor y peinada con su inmutable cardado antiniebla de Londres, haciendo suyos sus nuevos aposentos y metiéndose en el bolsillo a todo el mundo, empezando por el servicio, por si acaso. Ni es modelo ni lo pretende. Ni es santa ni quiere parecerlo. Habrá quien siga considerándola la vieja, la fea o la mala de esa película. Pero ya no es la otra. Diana es historia y a Catalina le toca esperar turno sentada. Aquella señora infiel de quien su infiel príncipe quería ser su tãmpax se ha ganado el respeto de los británicos a base de ser ella misma sin ínfulas ni zarandajas. Apuesto a que, sin los vigos de antaño, volverá a haber sexo en Buckingham Palace. Y yo que me alegro.

Luz Sánchez Mellado, *El País* (22 de septiembre de 2022)

Leer con luz de luna

Hace tiempo que me preguntan por el libro electrónico. Qué opino y cómo veo el futuro, la desaparición del papel, los formatos clásicos y demás. Siempre respondo lo mismo: me da igual, porque yo escribo lo que va dentro. Mi trabajo es ocuparme del contenido: contar historias y que la gente las lea. Del soporte se ocupan otros. Editores y gente así. Y, por supuesto, los lectores que recurren al medio que estiman conveniente. Estoy convencido de que, en un mundo razonable, la oposición entre libro de papel y libro electrónico no debería plantearse nunca. Lo ideal es que el segundo complemente al primero, llevándolo donde aquél no puede llegar. Como herramienta eficaz de trabajo, por ejemplo. O facilitando el acceso a asuntos menos afortunados en librerías convencionales: teatro, poesía, autores sin respaldo editorial, literatura bloguera, descargas y otros experimentos interesantes que el concepto clásico no favorece demasiado. Pero no es eso lo que se plantea. Al hablar de libro de papel y libro electrónico, lo usual es oponerlos. Obligarte a elegir, como siempre. O conmigo o contra mí. Y no es ésa la cuestión. Creo. El libro electrónico es práctico y divertido. Hace posible viajar con cientos de libros encima, trabajar consultándolos con facilidad, aumentar el cuerpo de letra o leer sin otra luz que la propia pantalla. Incluso los hay con ruido de pasar páginas cuando se va de una a otra «lo que no deja de ser una simpática gilipollez».

Además, mientras lees puedes zapear a tu correo electrónico, escuchar música, ver imágenes y cosas así. Todo muy salpicadito, multimedia. Cuando lees, por ejemplo, «Tienen, por eso no lloran / de plomo las calaveras», puedes ilustrarlo con la foto de guardias civiles que hizo Robert Capa, escuchar a Estopa, ver cómo va el Barça-Osasuna y mandar un emilio a tu churri anunciando que le vas a sorber el tuétano. Y ahí surge uno de los problemas. No con la churri, ni con García Lorca. Ni siquiera con la Guardia Civil. Surge cuando, en vez del Romancero gitano, lo que trajinas es el Oráculo manual y arte de prudencia de Gracián, Lord Jim o La Regenta. Entonces la atención necesaria se puede desparramar un poquito. Entre otras cosas. Porque leer no tiene nada que ver con eso. Me refiero a leer de verdad, en comunión estrecha con algo que educa tu espíritu, que te hace mejor y consciente de ti mismo. Que aporta lucidez, multiplica vidas, consuela del dolor, la soledad y el desamparo, aclara la compleja y turbia condición humana. Leer así requiere tiempo, serenidad concentrada, ritual. Cuando estás en ello, ni siquiera las bombas son capaces de romper el vínculo mágico. No hay comandante de avión que obligue a apagarlo para el aterrizaje, ni batería que te deje a medias; y si se funden los plomos, o como se diga ahora, el verdadero lector es capaz de seguir haciéndolo a la luz de una vela, de un encendedor, o a la luz de la luna llena reflejada en la arena de un desierto. Puestos a setas o a Rolex, aún hay más. He dicho que libro de papel y libro electrónico deberían ser complementarios; pero si me obligan a elegir, diré alto y claro que no hay color. Y que, llegado a ese extremo, la pantalla portátil me la refafla.

Estoy harto de toparme con pantallas en todas partes, hasta en el bolsillo, y me niego a transformar mi biblioteca en un cibercafé. Con un libro electrónico, sea El Gatopardo o El perro de los Baskerville, no puedo anotar en sus márgenes, subrayar a lápiz, sobarlo con el uso, hacerlo envejecer a mi lado y entre mis manos, al ritmo de mi propia vida. No hay cuevas de Moyano, ni buquinistas del Sena, ni librerías como las de Luis Bardón, Guillermo Blázquez o Michele Polak donde los libros electrónicos puedan ocupar sus venerables estantes y cajones. Nada decora como un buen y viejo libro una casa, o una vida. Ninguna pantalla táctil huele como un Tofiño, un Laborde o un Quijote de la Academia, ni tampoco como un Tintín, un Astérix o un Corto Maltés al abrirlos por primera vez. Ninguna conserva la arena de la playa o la mancha de sangre que permiten evocar, años después, un momento de felicidad o un momento de horror que jalaron tu vida. Y déjenme añadir algo. Si los libros de papel, bolsillo incluido, han de acabar siendo patrimonio exclusivo de una casta lectora mal vista por elitista y bibliófila, reivindico sin complejos el privilegio de pertenecer a ella. Que se mueran los feos. Y los tontos. Tengo casi treinta mil libros en casa; suficientes para resistir hasta la última bala. Quien crea que esa trinchera extraordinaria, su confortable compañía, la felicidad inmensa de acariciar lomos de piel o cartón y hojear páginas de papel, pueden sustituirse por un chisme de plástico con un millón de libros electrónicos dentro, no tiene ni puta idea. Ni de qué es un lector, ni de qué es un libro.

Arturo Pérez Reverte, *El Semanal*.